

LOS AÑOS DE LA COVID: UNA MADEJA HERMÉTICA

Paula de Ledesma

2019, el año en que vio la luz el primer número de *Vírgula*, dio apellido a la Covid, que se denominaría muy asépticamente Covid-19 precisamente porque nació entonces, aunque nosotros todavía no lo sabíamos. Cuando al fin se hizo explícita, ya al año siguiente, se suponía que aquella infección vírica, que se filtró por las ranuras de una ciudad china —o no— hacia el resto del mundo, acabaría contenida entre las cuatro paredes de 2020: un año bisiesto con vocación de palíndromo o capicúa. Pero 2020, o “veinte-veinte”, es solo un palíndromo a medias, más bien una reiteración abierta que un quiasmo abrochado, circunstancia esta a la que acaso quepa achacar su incapacidad para apresar herméticamente en su claustro una pandemia que terminó por reventar las esclusas y anegar 2021; y así hasta que Dios o las vacunas quieran.

Y es que la naturaleza, aunque se manifieste como un caos azaroso y no sometido a norma, está escrita en caracteres matemáticos, según enunció Galileo, ese astrónomo que descubrió con su telescopio montañas en la Luna, manchas en el Sol, fases en Venus y lunas en Júpiter. También Leibniz pensaba en un cosmos organizado geométricamente por el Supremo Arquitecto, y William Paley ideó más concretamente a Dios como el dueño del nomon y la péndola que marcan a compás los latidos del Universo, aburrido, según lo imagino yo, de regir los destinos de un mundo concebido como un reloj que, una vez creado, funcionaba sin necesidad de darle cuerda. Pero si la naturaleza está escrita en caracteres matemáticos, ¿qué significa entonces 2020, el año del terror pandémico, en la concepción mística de los pitagóricos, pongamos por caso?

Un frailecillo del siglo VI de nuestra era, de nombre Dionisio *el Exiguo* o *el Pequeño*, fechó el nacimiento de Cristo en el año 753 *ab urbe condita*, después de la fundación de Roma. Roma, la de los papas, sucedió a Roma, la de los césares; y por eso los poetas arqueólogos buscaban la Roma que leyeron en Cicerón bajo la Roma que podían ver sus ojos, expulsados a la Edad de Hierro del presente desde la Edad de Oro del pasado. “Qui Romam in media quaeris novus advena Roma” (Ianus Vitalis), “Nouveau venu, qui cherches Rome en Rome” (Du Bellay), “Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!” (Quevedo): el profesor Ferri Coll lo ha expuesto en *Las ciudades cantadas*, un libro levantado sobre derrumbes y cascotes (como el excelente *Alzado de la ruina*, un oxímoron perfecto, este sí, del poeta Aníbal Núñez). Roma fue el centro del universo para el Imperio romano que arruinaron los bárbaros del Norte, pero también lo es para el Imperio cristiano al que amenazan los bárbaros del Sur. Poco antes de la pandemia vírica, el fin de nuestra era venía anunciado por el tamtam de los atabales de la guerra santa, que convertiría en añicos nuestro paraíso nórdico y occidental —y cristiano—, donde hasta hace poco dormitábamos felices, obesos y egoístas. El fin de la Historia que anunció Fukuyama fue desatendido por la realidad: primero por las guerras étnicas y los furores religiosos, luego por las pandemias apocalípticas que creíamos que eran cosa del siglo XIV. Las ruinas de esta Roma que recurrentemente está sucediendo a Roma

excitarán la sensibilidad de los poetas futuros, que tratarán de imaginarse, a la vista de los destrozos, cómo fue nuestra vida. “Roma quanta fuit, ipsa ruina docet”: su propia ruina enseña lo grande que fue Roma. Donde dice Roma, entiéndase nuestro mundo, cualquiera que sea este.

2020 (el año de la gran pandemia): he aquí un número natural, entero, positivo, real, racional... ¿Racional? 2020 tiene oscuras resonancias esotéricas, vinculadas a las catástrofes del Armagedón; aunque acaso deberíamos ser humildes: al cabo, el año 2020 del calendario gregoriano es, en todo o en buena parte, el 2076 de los vedas, el 5781 de los judíos, el 1441 de los musulmanes, el 4718 del calendario chino, y sería el 2773 para un romano de la época de Horacio que hubiera lanzado una mirada prospectiva a nuestro tiempo, el 2766 de los caldeos mesopotámicos o el 5139 de los mayas, si es que su cultura hubiese sobrevivido al exterminio de que da cuenta la leyenda negra (caso de que la leyenda negra no sea una leyenda). Después de esto, a ver quién mantiene la afinación de la matemática del orden o de la sinfonía del infinito, conceptos tan queridos al profesor Cuesta Dutari.

¿Le afecta la maldición profética a quien desconoce la maldición profética? ¿Existe el tiempo para quien ignora en qué año vive? Dejemos volar la mente y pensemos en una mujer visigoda, hermosa, en la sazón de la madurez... Como la imaginación es libre, esa mujer vivía en Toledo, en la época en que Almanzor assolaba los territorios cristianos de Barcelona o de Santiago de Compostela. Año 1000 de la era cristiana o de la “era comúnmente aceptada”, como prefieren llamarla los que no son cristianos, o los cristianos que no quieren considerarse el ombligo de la historia. Aquella mujer murió a los cuarenta años, o lo hubiera hecho de saber en qué año nació. Ninguna mujer que se estime debería querer sobrepasar esa edad, considera el novelista portugués Camilo Castelo Branco, en un texto que recoge Unamuno en su delicioso prólogo a *Teresa*. Ciertamente lo decía a propósito de Laura, la musa de Petrarca, que vivió en el siglo XIV, donde cuarenta años eran muchos años. Petrarca no tuvo ese buen gusto de morirse a su debido tiempo, no sé si porque era hombre o porque era poeta: pues en vez de morir de tristeza ante la tumba de Laura se dedicó a componer versos donde decía que moría de tristeza ante la tumba de Laura. Entretanto, y mientras se moría y no se moría, se dedicó también a la diplomacia y a la política, enriqueció, engordó y tuvo la insolencia de vivir aún otros veintiséis años. De lo que se deduce, concluye el suicida portugués, que el soneto es un respiradero de las pasiones y evita congestiones cerebrales, aunque no dé de comer: “De hambre han muerto algunos hacedores de sonetos; de amor, no me consta”. Alejandro Magno, por su parte, no podría aceptar que vivía en una era precristiana: nadie se siente predecesor de algo de cuya existencia futura no tiene noticia.

Todo es demasiado confuso, en fin, y no vamos a recriminárselo a la existencia de múltiples calendarios o al más que probable error del pequeño Dionisio cuando dató el comienzo de la era cristiana. Según los cálculos más fiables, Jesús no habría nacido en el 753 desde la fundación de Roma, sino en el 749; y si las cosas son así, el año 2021, en el que firmo esta nota y hasta donde se extendió esta pandemia —que desbordó, ¿alguien lo había dudado?, el 2020, justo por no ser un perfecto capicúa—, fue hace cuatro años, lo que explicaría por qué algunas situaciones nos parece haberlas vivido antes. Acaso fue eso lo que le sucedió en las soledades segovianas a Antonio Machado,

viudo y republicano, cuando se enamoró como un adolescente de una mujer, casada y monárquica, a la que llamó Guiomar, nombre que encubría el verdadero, que no traemos a colación aquí para no delatarla. Cuando la vio por vez primera, el poeta no hizo sino *reconocerla*, según confesaría luego en una carta.

¿Metempsicosis platónica o derivas del error del monje Dionisio? Aunque la cosa va aún más lejos, porque si Dionisio *el Exiguo* se equivocó, resultaría que Cristo nació en el año 4 antes de Cristo. ¡Jesús, qué mareo!



Calendario republicano francés. FUENTE: BIBLIOTHÈQUE NATIONALE DE FRANCE